

La operación de deconstrucción en el discurso de las teologías negativas

José González Ríos

Presentación

La tentativa de poner en relación la operación textual de deconstrucción con las teologías negativas no es ciertamente reciente. Se remonta a los orígenes mismos de la deconstrucción. Ya en su conferencia temprana “La différance” (1968), Jacques Derrida advierte el “aire de familia” que frecuentemente se establece entre la différance, uno de los heterónimos de la deconstrucción, y las teologías negativas. Sin embargo, allí mismo señala la irreductibilidad de una práctica a otra:

Sin embargo, los rodeos, los periodos, la sintaxis a la que a menudo deberé recurrir se parecerán, a veces hasta confundirse con ellos, a los de la teología negativa. Ya se ha hecho necesario señalar que la diferencia no es, no existe, no es un ser presente (on), cualquiera que éste sea; y se nos llevará a señalar también todo lo que no es, es decir, todo; y en consecuencia que no tiene ni existencia ni esencia. No depende de ninguna categoría del ser, presente o ausente. Y sin embargo, lo que se señala así de la diferencia no es teológico, ni siquiera del orden más negativo de la teología negativa, que siempre se ha ocupado de librar, como es sabido, una superesencialidad más allá de las categorías finitas de la esencia y de la existencia, es decir, de la presencia, y de recordar que si a Dios le es negado el predicado de existencia, es para reconocerle un modo de ser superior, inconcebible, inefable. No se trata aquí de un movimiento así, y ello se confirmará progresivamente. La diferencia es no sólo irreductible a toda reapropiación ontológica o teológica -ontoteología-,

sino que, incluso abriendo el espacio en el que la ontoteología -la filosofía- produce su sistema y su historia, la comprende, la inscribe, y la excede sin retorno.¹

Estas palabras han resultado conclusivas para la mayoría de los comentaristas del Argelino en lo que respecta al sugerido vínculo entre deconstrucción y teologías negativas.² Pues las teologías negativas dependen, a su entender, del proyecto general de la metafísica de la presencia del que la deconstrucción busca desprenderse.

Con todo, frente a esta interpretación ciertamente dominante, un grupo de autores ha sostenido que ambas prácticas son sin embargo equiparables, y que mejor se comprende el discurso de las teologías negativas cuando se lo concibe como una práctica deconstructiva. De este modo, tanto la deconstrucción como las teologías negativas asumirían la tarea de la *solicitud* (conmoción o de-sedimentación) de la estructura propia de la *onto-teo-logía*, esto es, de la entificación del ser, tal como ha tenido lugar en la tradición dominante de la metafísica occidental.³ En este sentido, el testimonio de una carta que Derrida envía a John P. Leavey en 1982 puede bien apoyar esta otra orientación. Pues señala allí que “aquello que es llamado ‘teología negativa’ (un rico y muy diverso corpus) no se deja a sí mismo asimilar fácilmente bajo la categoría general de ‘onto-teo-logía’ a deconstruir”.⁴

¹ Derrida, J., “*La différance*”, en *Márgenes de la filosofía*, Cátedra, Madrid, 1986, p. 42.

² Cf. Goldschmit, M., *Jacques Derrida, una introducción*, Nueva Visión, Bs. As., 2004, pp. 138-42; Caputo, J.D., *The Prayers and Tears of Jacques Derrida: Religion without Religion*, Bloomington, Indiana University Press, 1997, pp. 1-19; Taylor, M.C., *nOts*, The University of Chicago Press, 1993, pp. 47-49; Coward, H., Foshay, T. (eds.), *Derrida and the Negative Theology*, Albany, State Univ. of New York Press, 1992; AA.VV., *Deconstruction and Theology*, Nueva York, Crossroad, 1982.

³ Cf. Hart, K., *The Trespass of the Sign: Deconstruction, Theology and Philosophy*, Cambridge University Press, 1989, pp. 173-206; Handelman, S., “Jacques Derrida and the Heretic Hermeneutic”, in *Displacement: Derrida and After*, ed. Mark Krupnick, Bloomington, Indiana University Press, 1983, p. 117.

⁴ Cf. Ferretter, L., “How to avoid speaking of the other: Derrida, Dionysius and the problematic of negative theology”, in *Paragraph*, vol. 24 (Mar 2001), pp. 50-65. Derrida, J., “Letter to John P. Leavey, Jr.”, in *Semeia*, vol. 23 (1982), p. 61: “I believe that what is called ‘negative theology’ (a rich and very diverse corpus) does not let itself be easily assembled under the general category ‘onto-theology-to-be-deconstructed’.”

Asimismo, en el contexto de esta otra tendencia, ciertamente minoritaria en la historia de la crítica, se abre a su vez camino una nueva lectura según la cual la problemática de la deconstrucción no puede ser desasociada de aquella de las teologías negativas. Como lo sostiene Luke Ferretter, tanto la deconstrucción como las teologías negativas pueden ser concebidas como discursos que, desmarcándose del proyecto general de la *onto-teo-logía*, tienden a una apertura hacia *lo otro*, ciertamente indecible. Con todo, la fecundidad de su perspectiva adolece de una necesaria y decisiva distinción -que Derrida mismo lleva adelante- entre un *análisis formal* y un *análisis histórico* de la relación, esto es, de los horizontes de sentido en los que cada una de estas operaciones se inscribe.

El propósito de este trabajo es presentar, siguiendo un camino sugerido por Derrida mismo, de un lado, la posibilidad o imposibilidad de una relación cierta entre deconstrucción y teologías negativas, del otro, el modo singular e irreplicable en que la deconstrucción opera *en* las teologías negativas o -para expresarlo con mayor precisión- el modo en que éstas en su movimiento de apertura hacia *lo otro se* deconstruyen a sí mismas.

Deconstrucción y teologías negativas

Si bien las referencias a las teologías negativas están diseminadas en una pluralidad de textos, es en una conferencia pronunciada en Jerusalén en 1986, en la apertura de un coloquio sobre *Ausencia y negatividad* donde Derrida asume finalmente la tarea de tratar, bajo la promesa que esconde el título “*How to avoid speaking*”,⁵ de un lado, la siempre sugerida relación entre deconstrucción y teologías negativas, del otro, el proceso a través del cual aquéllas *se* deconstruyen a sí mismas en su movimiento de apertura hacia *lo indecible*.

⁵ De las muchas publicaciones en las que se ha incluido esta conferencia sugerimos: Derrida, J., “How to avoid speaking: Denials”, in Harold Coward and Toby Foshay (eds.), *Derrida and Negative Theology*, State University of New York Press, 1992, pp. 73-142. La versión en francés Derrida, J., “Comment ne pas parler. Dénégations”, dans *Psyché: Invention de l'autre*, Galilée, París, 1987. La traducción al español que citamos se encuentra en Derrida, J., “¿Cómo no hablar? Denegaciones”, en Derrida J., “¿Cómo no hablar?” y otros textos, Suplementos 13, Anthropos, Barcelona, 1989, pp. 3-29.

Con todo, las teologías negativas no pueden ser reducidas a un conjunto incierto de nombres de autores pertenecientes a las diversas tradiciones del neoplatonismo cristiano medieval, tanto griego como latino, sino que en ellas se configura una tradición marginal en la historia de la metafísica de la presencia que se extiende desde los antiguos hasta nosotros.⁶ Así, tanto el discurso sobre *khôra*, esto es, el tercer género indeterminado, en el *Timeo* (48d-53c) de Platón, como el discurso sobre aquella Idea que está más allá de la esencia, y es principio del ser y del conocer, en la *Politeía* (509b), son ellos testimonios históricos de teología negativa. Del mismo modo, el discurso sobre el *ser tachado* en Heidegger es también propio de una teología negativa. De aquí que Derrida en “*How to avoid speaking*” presente el devenir de las teologías negativas en tres momentos: el antiguo, el medieval y el contemporáneo. Se trata de momentos que no expresan una superación o bien una evolución, esto es, que no siguen una teleología, al modo de una historia filosófica de la filosofía. Con todo, aquí me demoraré tan sólo en algunas consideraciones sobre el momento medieval de las teologías negativas, al que, por otro parte, Derrida mismo en aquel contexto destina una mayor atención.

Ahora bien, en cuanto al primer tiempo de su presentación, Derrida responde allí a aquellos que han tendido a emparentar la operación textual de la deconstrucción con el discurso de las teologías negativas, con la intención de cuestionar el sentido y la fecundidad de ambas operaciones de lenguaje.

La primera de las imputaciones a las que se refiere señala que la deconstrucción repite los procedimientos de las teologías negativas, esto

⁶ En este punto, no deja de ser convocante un paso de Derrida en el que se refiere a la prioridad de los problemas por sobre los nombres de autores. Cf. Derrida, J., *De la gramatología*, Siglo XXI, México, 1971, p. 131: “Los nombres de autores o de doctrinas no tienen aquí ningún valor sustancial. No indican identidades ni causas. Sería una ligereza pesar que ‘Descartes’, ‘Leibniz’, ‘Rousseau’, ‘Hegel’, etc., son nombres de autores, los nombres de autores de movimientos o desplazamientos que designamos así. El valor indicativo que les atribuimos es ante todo el nombre de un problema. Si nos autorizamos provisoriamente a considerar esa estructura histórica fijando nuestra atención sobre textos de tipo filosófico o literario, no es para reconocer en ellos el origen, la causa o el equilibrio de la estructura [del problema]”.

es, se sirve de una retórica y de una gramática propia de aquellos que no tienen nada que decir, de aquellos que por medio de la negación renuncian a toda determinación conceptual positiva y, con ello, al saber.

Desprendida de ésta, la segunda de las críticas asegura que tanto la deconstrucción como las teologías negativas se sirven de una técnica fácil: la de aquellos que *hablan* para no decir nada.

Finalmente, la última de las invectivas sostiene el devenir *teológico* de todo discurso. Desde este punto de vista, tanto el discurso de la deconstrucción como el de las teologías negativas, que operan por medio del movimiento de la doble negación [*ni-ni*], pueden ser capturados por la metafísica de la presencia, toda vez que dan lugar a la irrupción de *lo indecible, lo indefinible, lo otro*. Desde esta última perspectiva, toda frase negativa, tanto en el ámbito de la deconstrucción como de las teologías negativas, estaría ya habitada por lo *otro*, que se des-cubriría como su principio, a la vez que su fin.

A la primera de las cuestiones Derrida responde afirmando que las teologías negativas, en las que se advierte que toda predicación, tanto afirmativa como negativa, es concebida -en mayor o en menor medida- como inadecuada a la índole de lo divino, escapan a esta primera crítica, toda vez que el camino de la *vía negativa* no conlleva una renuncia al saber sino que prepara para una visión o aprensión de lo divino, en un *inconocimiento* que supera el ámbito de la predicación. A modo de testimonio, Derrida cita allí un texto sobre el que volveremos. Se trata de la *oración* dirigida a Timoteo con la que se abre *De mystica theologia* del Pseudo Dionisio Areopagita, pues ella oficia como *promesa* de unión silenciosa con aquello que permanece inaccesible al habla:

Trinidad superesencial (*Trias hyperousiè*) y más que divina (*hyperthèe*) y más que buena (*hyperagathè*), tú que presides la divina sabiduría (*theosophias*) cristiana, llévanos no sólo más allá de toda luz, sino más allá del inconocimiento hasta la más alta cima de las Escrituras místicas, allí donde los misterios simples, absolutos e incorruptibles de la teología se revelan en la Tiniebla más que luminosa del silencio: es efectivamente en el Silencio donde se aprenden los secretos de esta Tiniebla, de la que es decir demasia-

do poco afirmar que brilla con la más resplandeciente luz en el seno de la más negra oscuridad, y que, aun permaneciendo ella misma perfectamente intangible y perfectamente invisible, llena de esplendores más bellos que la belleza a las inteligencias que saben cerrar los ojos (*tous anommatous noas*). Así es mi oración (*Émoi men oun tanta eukhtô*). Para ti, querido Timoteo, ejercítate sin cesar en las contemplaciones místicas... [997ab].⁷

A su vez, este mismo texto le permite a Derrida desmarcar a las teologías negativas de aquella segunda crítica, toda vez que -tal como lo indica allí- *hablar* para no decir nada no es en todo caso no hablar. En el discurso de las teologías negativas la palabra media como una suerte de umbral del que es necesario asimismo desasirse para alcanzar aquel silencio arcano en el que tiene *lugar* la apertura a lo *otro*.

Con todo, Derrida en este primer tiempo de su conferencia, se demora en una extensa respuesta a la tercera de las críticas, esto es, aquella que señala el devenir teológico de todo discurso. Pues en ella busca no sólo desmarcar a la deconstrucción y a las teologías negativas del proyecto general de la *ontoteología* sino también pronunciarse una vez más sobre la sugerida relación entre la deconstrucción y las teologías negativas.

En cuanto a las teologías negativas, Derrida toma el sermón alemán "*Quasi stella matutina*" del Maestro Eckhart. A través de su huella puede retirar a las teologías negativas del proyecto general de la *ontoteología*:

Cada cosa actúa en su ser (*Ein ieglich dinc wüirket in wesene*), ninguna cosa puede actuar por encima de su ser (*über sin wesene*). El fuego sólo puede actuar en la madera. Dios actúa por encima del ser (*Got wüirket über wesene*) en la amplitud donde puede moverse, actúa en el no-ser (*er wüirket in unwesene*). Antes incluso de que hubiera ser Dios actuaba (*ê denne wesene waere, dô wohrte got*). Maestros de espíritu grosero dicen que Dios es un ser puro (*ein lüter wesene*); está tan elevado por encima del ser como lo está el más elevado de los ángeles por encima de una mosca. Si llamase a Dios un ser estaría hablando con tanta falsedad como si dijese del

⁷ Derrida, J., "¿Cómo no hablar? Denegaciones", op. cit., p. 20.

sol que es pálido o negro. Dios no es ni esto ni aquello (*Got enist weder diz noch daz*). Y un maestro dice: aquel que cree que ha conocido a Dios y que conocerá alguna otra cosa, no conocerá a Dios. Pero al decir yo que Dios no era un ser y que estaba por encima del ser (*über wesene*), no por eso le he discutido el ser (*ich im niht wesene abgesprochen*), por el contrario, le he atribuido un ser más elevado (*ich hân ez in im gehoehet*).⁸

Tal como se desprende de la cita del sermón de Eckhart que trae Derrida, el mérito de la *vía negativa*, ha sido sin duda el operar por medio de un discurso en el que lo otro, lo indecible, lo divino, es preservado en un ámbito anterior al de la oposición relativa entre el ser y el no-ser. A través de este camino, en la tendencia hacia la visión de la causa o principio primero (las dos determinaciones positivas que ninguna teología negativa rechaza o tacha), se superan las determinaciones del lenguaje predicativo, tanto del afirmativo como en menor medida del negativo, en tanto se pronuncia un discurso sobre un ser que está más allá del ser o bien un ser *sin ser*.⁹

Las determinaciones *apofáticas* preparan, habiendo superado las positivas, para una *visión mística o silenciosa* de lo divino. Se niegan así las determinaciones del ser para salvaguardar la sobreabundancia de una hiperesencialidad. De este modo, las *teologías negativas* no se reducen al ser del ente, sino que buscan un ser que está más allá del ser y del no-ser.

Si bien Derrida reconoce los méritos de este tipo de práctica, que supera por medio de la negación las determinaciones de la metafísica clásica (ser-no ser, sensible-inteligible, etc.), des-ocultando al ser del ente, advierte en esto su carácter estrictamente *teológico*, esto es, un pensamiento de la presencia, un pensamiento que, aunque se orienta hacia el silencio, confiere preeminencia a la *voz*. Si bien las teologías negativas solicitan el edificio

⁸ Citamos aquí el texto eckhartiano, no en su edición crítica, sino en la versión que ofrece Derrida en su conferencia, por ser ésta nuestra fuente. Derrida, J., "¿Cómo no hablar? Denegaciones", op. cit., p. 5. Derrida trabajó sobre la traducción francesa de los *Sermones*. Cf. Maître Eckhart, *Sermons*, trad. Jeanne Anceler-Hustache, Le Seuil, p. 101.

⁹ El prefijo *sin*, cuya última procedencia es Agustín, es un prefijo acuñado para superar las formas antropomórficas que un lenguaje predicativo determinado impone a lo indeterminado e infinito. Cf. Derrida, J., "Pas", dans *Parages*, Galilée, París, 1986.

de la *onto-teo-logía*, no por ello dejan de ser discursos referidos a un principio, causa u origen, del que todo procede y al que todo busca retornar.

La operación textual de deconstrucción, a diferencia de aquéllas, no busca ni pretende la experiencia de una unión inmediata y silenciosa con lo divino. Para Derrida las teologías negativas constituyen una actitud respecto del lenguaje ligado al problema de la definición, de la atribución, de la determinación semántica o conceptual, de una superesencialidad. En este sentido, la deconstrucción se distancia de ellas, toda vez que en las teologías negativas el ejercicio continuo de despojamiento del conocimiento (sea sensible o inteligible –afirmativo o negativo–) opera como una suerte de liberación de sí mismo que encuentra sosiego en la *visio Dei*, en la intimidad de la experiencia silenciosa e inmediata de la *presencia* en el alma.

Aun cuando Derrida mismo apele tanto a la estructura gramatical del *ni-ni* que utiliza el Meister Eckhart, siguiendo al Pseudo Dionisio, como a la utilización del prefijo *sin*, que aquél toma a su vez de Agustín, ya que a través de ellos puede deconstruirse el antropomorfismo gramatical, la práctica deconstructiva no puede ser identificada con el trabajo de las teologías negativas, ya que en la práctica de la doble negación o bien de prefijos como el *sin*, en el camino de las teologías negativas, se esconde la tendencia hacia una hiperesencialidad, que es, precisamente, aquello que rechaza el movimiento de deconstrucción.

Al servirse de este tipo de expresiones, Derrida está señalando que el ámbito de la deconstrucción es el de lo que se da en llamar *indecible*. Los *indecibles* son ciertos términos que en el lenguaje patentizan la ausencia de presencias plenas, al modo de la hiperesencialidad postulada por las teologías negativas. Son expresiones que tienen desde el punto de vista semántico, una connotación ambivalente. Son términos que producen una suerte de ambivalencia tanto a nivel sintáctico como semántico, mostrando *lugares* del lenguaje en donde el lenguaje mismo ya no se manifiesta como presencia, esencia o verdad. De aquí que la operación textual de deconstrucción a través de estos *términos indecibles* sea la de arriesgarse a no querer decir nada, pues no expresan ellos la voluntad de creación de sentidos sino más bien su des-sedimentación. La deconstrucción se sitúa

en el ámbito del “*entre*”, al que abre la gramática del *ni-ni* o bien del prefijo *sin*, no para tender hacia un ámbito superesencial, al modo de las teologías negativas, sino más bien para mantenerse en el ámbito del *entre*, esto es, en el ámbito de lo *indecible*.

Deconstrucción de las teologías negativas

Entonces, habiendo respondido en el primer tiempo de “*How to avoid speaking*” a las críticas formuladas tanto a las teologías negativas como a la deconstrucción, y con ello distinguido la operación textual de deconstrucción de aquella de las teologías negativas, en el segundo tiempo de su conferencia se aboca al desvelamiento del modo en que las teologías negativas se deconstruyen a sí mismas en su tendencia hacia *lo otro*, hacia el ámbito de lo indecible, de aquello que permanece inaccesible al habla.

Para ello volvamos entonces hacia aquella *oración* con que se abre *De mystica theologia* del Pseudo Dionisio. La oración está caracterizada por dos rasgos. Por una parte, el dirigirse hacia lo otro como otro, pedir ser oído por lo otro, clamar por su presencia. Por otra parte, la celebración, la alabanza que solicita la oración. La oración opera entonces como el fundamento necesario del trabajo ulterior de la teología negativa. Por medio de la oración, que orienta la visión hacia lo otro, se prepara el camino de la negación. Derrida advierte que no se trata en su caso de un preámbulo, sino que es un momento esencial, toda vez que por medio de ella se orienta la ascesis discursiva. A través de la *oración* el lenguaje se dirige hacia lo otro, hacia lo indecible.

La oración, que funciona como una suerte de invocación, lleva consigo una promesa: la de alcanzar el umbral de la experiencia de lo divino. Esa promesa, que es dicha por la oración en la oración, expresa a su vez un secreto. Y es esa oración, esa promesa, ese secreto, el que opera como el principio y el fin del trabajo del discurso de la teología negativa. De un lado, el secreto, lo inefable, aquello ante lo cual es necesario callar. Del otro, la palabra, las determinaciones efables, tanto afirmativas como negativas, del discurso de las teologías negativas. En el ámbito de lo indecible,

en el que opera la deconstrucción, confluyen, de este modo, el secreto y el no secreto, lo inefable y lo efable, el silencio y la palabra.

Para Derrida entonces el problema de las teologías negativas es cómo se preserva el secreto, cómo se mantiene lo inefable como inefable, porque la divulgación de ese secreto lo anula como tal, es la determinación de lo indeterminado, postular como conocido lo desconocido, manchar el silencio. La oración no puede de esta manera redimir el pecado de su falta: no guardar el secreto, no mantenerse en el silencio arcano del umbral de la experiencia de lo divino. Afirma Derrida:

Hablar para mandar no hablar, decir lo que Dios no es y que *es* un no-Dios. ¿Cómo entender la cópula del ser que articula este habla singular y esta orden de callarse? ¿Dónde tiene su lugar? ¿Dónde tiene lugar? Ella es el lugar, el lugar de esta escritura, esta huella (dejada en el ser) de lo que no es, y la escritura de ese lugar. Este no es más que un lugar de paso, más precisamente un umbral. Pero un umbral, esta vez, para acceder a lo que no es ya un lugar, consecuencia extraordinaria: el lugar es el ser. Lo que se encuentra reducido a la condición de umbral es el ser mismo, el ser como lugar. Sólo un umbral, pero un lugar sagrado, el atrio del templo: 'Cuando captamos a Dios en el ser, lo captamos en su atrio (*vorbürge*), pues el ser es su atrio en el que reside (*wonet*). ¿Dónde está, entonces, en su templo, dónde brilla en su santidad (*heilic*)? El intelecto (*vernünftlichkeit*): la racionalidad es el templo de Dios.¹⁰

La deconstrucción de las teologías negativas en su movimiento de apertura hacia lo otro, se patentiza en el hecho de que aunque lo divino sea concebido como un ser más allá del ser, la dimensión del ser es la que abre el acceso al acontecimiento, la experiencia, el encuentro con lo otro, con lo divino. Es la apertura del ser lo que posibilita ir más allá del ser. Si bien en el discurso de las teologías negativas se niega la determinación del ser para ir más allá del ser, el ser opera como una suerte de escalón necesario en el camino de supresión o ablación. Según Derrida el ser es allí un

¹⁰ Derrida, J., "¿Cómo no hablar? Denegaciones", op. cit., p. 22.

resorte trascendental en este tipo de escritura. Es el atrio necesario tras el cual se alcanza el umbral de lo divino.¹¹

La retórica de las teologías negativas se rige -para Derrida- por la mayor o menor inadecuación del discurso a Dios, porque si el discurso negativo es menos inapropiado que el afirmativo es porque hay algo en Dios que permite o anuncia esta menor inadecuación, que es precisamente la concepción de la divinidad como negación o negatividad. Dios es causa del *légein*, origen del hablar que manda no hablar. *Aquél* sobre el que es necesario hablar para mandar no-hablar.

¹¹ En el singular e irreplicable movimiento a través del cual el discurso de las teologías negativas *se deconstruye* así mismo se pone de manifiesto que aún cuando la naturaleza o esencia de lo divino no sea concebida como ser, la dimensión del ser y su progresiva negación es la que orienta el acceso al acontecimiento, la experiencia, el encuentro con aquel Dios escondido [*deus absconditus*]. La dimensión del ser opera entonces como el *lugar* de apertura, una suerte de *atrium* que da acceso al camino de la experiencia de lo divino. Es la apertura del ser, por medio de su negación, lo que posibilita el ir más allá del ser en aquel discurso de las teologías negativas.

De aquí que invitamos a amplificar la consideración en torno de la determinación del ser como *lugar* a través del texto que Derrida destina al pasaje del *Timeo* sobre el tercer género indeterminado: *khôra*. Cf. Derrida, J., *Khôra*, Alción, Córdoba, 1995. A *khôra* sólo se la puede describir a través de un razonamiento bastardo (52a-b), difícilmente creíble. Dado que *khôra* no es *ni* esto *ni* aquello es necesario evitar hablar de ella como de algo que es o que no es, que es presente o ausente, que es sensible o inteligible. Por supuesto que esto, al igual que en el resto de las manifestaciones de la *via negativa* no indica falta o privación, sino la imposibilidad de hablar de ella con precisión. En virtud de ello Platón recurre a diversas metáforas para referirse a ella. La presenta como una *madre*, una *nodriza*, un *receptáculo* (49a), como una *sustancia plástica amorfa* capaz de recibir impresiones, pero que permanece idéntica a sí misma y no toma las distintas formas de todo lo que se imprime en ella (50c), como aquellos *aceites* que se usan de base para los perfumes, toda vez que ellos deben ser lo más inodoros posibles (50e). Aun cuando las metáforas para referirse a ella conlleven un mayor alcance expresivo que los conceptos, no dejan de ser por sí inconvenientes a *khôra*, que excede toda metáfora. Tras la presentación de este florilegio de metáforas, Platón alude a ella como *lugar*, *espacio*, *región*, *comarca* (52a), y advierte que proporciona una sede a todo lo que deviene (52a-b).

Consideración final

Tras haber delineado el modo en que Derrida se desmarca de la siempre sugerida relación entre deconstrucción y teologías negativas y luego el modo en que el discurso de las teologías negativas se deconstruye a sí mismo en su movimiento de apertura, me gustaría en esta consideración final proponer -para un trabajo ulterior- la tentativa de repensar el vínculo entre deconstrucción y teologías negativas a la luz de la cuestión autobiográfica. Pues en una de las notas de esta conferencia destinada a la deconstrucción de las teologías negativas Derrida sostiene que se trata de un texto estrictamente autobiográfico. Escribe en aquella nota:

A pesar de ese silencio, en realidad a causa de él, se me permitirá quizás releer esta conferencia como el discurso más «autobiográfico» que jamás haya yo arriesgado. Habrá que poner a esa palabra todas las comillas que se pueda. Hay que rodear de precauciones la hipótesis de una presentación de sí que pase por un discurso sobre la teología negativa de otros. Pero si un día tuviese que contarme, en ese relato nada comenzaría a hablar del asunto mismo si no me apoyase en este hecho: todavía no he podido jamás, a falta de capacidad, de competencia o de auto-autorización, hablar de aquello que mi nacimiento, como se suele decir, habría tenido que darme como más próximo: lo Judío, lo Árabe.

Este pequeño pedazo de autobiografía lo confirma oblicuamente. Está interpretado en todas mis lenguas extranjeras: el francés, el inglés, el alemán, el griego, el latín, el filosófico, el meta-filosófico, el cristiano, etc.

En una palabra: ¿cómo no hablar de sí? Pero también: ¿cómo hacerlo sin dejarse inventar por el otro? ¿O sin inventar al otro?¹²

Esta anotación habilita preguntar por qué un texto que trata sobre el modo singular e irreplicable en que se deconstruyen las teologías negativas en su devenir puede ser considerado por Derrida como un texto estrictamente autobiográfico. Más allá de los motivos coyunturales, que en este

¹² Derrida, J., “¿Cómo no hablar? Denegaciones”, op. cit., p. 28, n.10.

caso por cierto no son menores, podría responderse trayendo ante nosotros la contradicción que encierra la nota que acabamos de transcribir, pues en ella podemos alcanzar la grieta o bien la fisura en la que opera de continuo la deconstrucción. Curiosamente la escritura de sí, la escritura autobiográfica, está trazada y tramada aquí por la escritura de lo otro, esto es, de las teologías negativas. Para tratar de sí Derrida muestra la operación de deconstrucción de las teologías negativas. Y es sólo a través de la escritura de lo otro que puede tender hacia una deconstrucción de sí mismo. Con todo, no es éste el movimiento de una negatividad dialéctica, en la que el desdoblamiento de lo uno en lo otro alcanza su resolución o bien su superación en el develamiento de una unidad integradora, superadora, a su vez, del dualismo entre aquello uno y aquello otro.

En la escritura de lo otro Derrida puede tender hacia una escritura deconstructiva y por tanto indecible, de sí. Tratar sobre sí es referirse de modo inevitable a lo otro. Con lo cual, desde un no-decir de sí mismo se está inventando a sí mismo. De aquí que el proceso de “su” deconstrucción sea no sólo el de las teologías negativas sino también el de sí. Derrida al poner al descubierto el modo en que las teologías negativas se deconstruyen a sí mismas, pone de manifiesto simultáneamente el acontecimiento de su propia deconstrucción. Pues la deconstrucción tiene *lugar*, es un *acontecimiento*, y, por tanto, conlleva una *experiencia*, como lo afirma en aquella carta que envía al islamista japonés Toshihiko Izutsu bajo el título de “*Lettre à un ami japonais*”, en la que expresa todo aquello que la deconstrucción no es o no *debería* ser.¹³

Alcanzar la deconstrucción de sí implica ejercitarse en la experiencia a la que invita lo indecible. La deconstrucción que Derrida opera de sí mismo pone de manifiesto un acontecimiento, una experiencia, un algo que tiene lugar. Se trata de una experiencia que no promete nada, pero, en tanto indecible, mística quizás. Entonces... ¿Sería posible concebir a Derrida como un místico? ¿A la operación de deconstrucción como un acontecimiento, una experiencia, mística? Y, en virtud de ello, ¿sería plausible la experiencia de una mística sin metafísica, sin la presencia de la voz en el alma?

¹³ Cf. Derrida, J., “Carta a un amigo japonés”, en Derrida J., “¿Cómo no hablar?” y otros textos, op. cit., pp. 86-89.